

(p. 30). Así, el conocimiento no es un mero reflejo de la sociedad, "el conocimiento autónomo se desarrolla en contra de la presión social pero de forma socialmente condicionada" (p. 120).

La segunda parte, "La vida de las ideas", trata de demostrar que las ideas, aunque no sean realidades físicas, tienen una existencia objetiva, forman una noosfera, producida y dependiente de la realidad humana e interpuesta entre el hombre y el mundo. Todos los seres del espíritu "disponen de una maquinaria compleja constituida por un lenguaje, una lógica y, más profundamente, dependen de una paradigmática" (p. 120).

En "La organización de las ideas (Noología)", el lenguaje es definido como máquina y realidad noológica dotada de vida propia, mientras la lógica es una de las componentes de los seres del espíritu. Morin se plantea la posibilidad de crear una lógica para el pensamiento y la ciencia complejos y concluye que lo mejor será utilizar la contradicción, servirse de ella para reactivar y complejizar el pensamiento, sin dejar que la lógica subyugue el pensamiento. El pensamiento debe ser, de cualquier modo, translógico" (p. 213).

El paradigma es una instancia de la que dependen los seres del espíritu; se encuentra en el núcleo de las teorías y controla la lógica, el discurso y las teorías. Por otra parte, el paradigma une el plano del conocimiento con el plano social –cualquier gran paradigma está inscrito en la organización de una sociedad y la determina, tanto como la sociedad determina a su vez el paradigma. Siendo así, cualquier cambio de paradigma es revolucionario, porque implica la "transformación del modo de pensamiento, del mundo del pensamiento y del mundo pensado" (p. 237).

El autor se plantea si estamos viviendo hoy una revolución y la crisis paradigmática correspondiente. Afirma la respuesta positiva ya dada en sus obras anteriores: empiezan a delinearse ya las condiciones para la formación de un pensamiento complejo, aunque no haya arraigado todavía como paradigma en la cultura. Morin concluye que es necesario continuar trabajando en la comprensión de la complejidad, sin dejarse engañar por la simplificación. Lo real sólo existe para el sujeto por la mediación de las palabras, enunciados, ideas, teorías, mitos... y éstos son siempre fuentes de duda. Y si "la duda mata el conocimiento simple, ella es el desintoxicante del complejo" (p. 250).

Conceição Moreira

Peterson (ed.), M. L.: *The Problem of Evil. Selected Readings*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, 1992, págs.

Desde el año 1955, en el que aparecieron algunos artículos de J.L. Mackie y A. Flew replanteando la objeción del mal a la existencia de Dios, la discusión de este tema en la literatura filosófica anglosajona ha sido abundante. M.L. Peterson, profesor de filosofía en el Asbury College y uno de los mejores especialistas del tema, recoge en este libro una selección de artículos

en torno al problema del mal. Esta selección viene precedida de una introducción, donde el autor realiza un *status questionis*, y concluye con una amplia bibliografía, en la que Peterson completa la que ya publicó anteriormente. Dominan los artículos de autores contemporáneos, si bien se consiguen también algunos textos clásicos de S. Agustín, Tomás de Aquino y Hume.

La primera parte de la obra recoge los planteamientos más clásicos del tema y, si bien ofrece pocas novedades, ayudará al lector a introducirse en el problema que se trata. Más interés ofrece la segunda parte, que se ocupa de las diversas formulaciones que el problema ha tenido en la filosofía analítica de la religión. A Peterson le agrada equilibrar las opiniones y, normalmente, a cada texto le sigue una crítica realizada por otro autor. En el ámbito analítico se suele distinguir entre el problema lógico y el problema evidencial del mal. La versión lógica del problema atiende a la inconsistencia entre la afirmación de que Dios existe y de que el mal existe. Como ejemplo, propone Peterson un texto ya casi clásico de J. L. Mackie, al que responde A. Plantinga con su no menos conocida defensa de la libertad. La versión evidencial del problema se pregunta si el teísmo es plausible dada la existencia del mal. El autor ha seleccionado un texto de M. Martin y una réplica de D. Basinger. Aunque los textos son bastante claros, me parece que la mejor exposición de este problema es la realizada por W. Rowe, autor del que no se ofrece ningún texto. Finalmente, se completa esta parte con la presentación que W. Hasker y M. M. Adams realizan del problema existencial del mal, el cual, a diferencia de los planteamientos anteriores –que son teóricos–, se interesa por las implicaciones que el problema tiene en la actitud del hombre respecto de Dios y del mundo.

En la respuesta al problema del mal se suele distinguir entre *defensas* y *teodiceas*. Una defensa tiene por objeto mostrar que los argumentos antiteístas –bien lógicos o bien evidenciales– no son sostenibles en sus propios términos, mientras que una teodicea intenta dar razones positivas para la existencia del mal. Peterson se centra en las teodiceas y el único ejemplo de defensa que ofrece es el mencionado texto de Plantinga. A mi parecer, hubiera sido mejor dedicar un espacio a discutir la posición de Plantinga y seleccionar algún artículo más de la amplia bibliografía existente acerca de lo que se conoce como *defensa de la libertad humana*. Entre las teodiceas recoge, además del texto clásico de San Agustín, artículos de J. Hick como representante de la teodicea iraneana y de L. Ford, como ejemplo de la teodicea seguida en la filosofía del proceso. La selección es justa, si bien quizás hubiera merecido la pena ofrecer algún texto de St. T. Davis o de J. F. Ross, autores que han dado respuestas muy interesantes al problema evidencial.

En la última parte del libro se recogen textos relacionados con otros problemas que surgen a partir del problema fundamental del mal. El problema de si Dios debía crear el mejor de los mundos posibles es tratado por R. M. Adams y P. L. Quinn. Del problema del mal natural se ocupan R. Swinburne y E. Stump. Ofrece interés la discusión entre J. L. Walls y Plantinga acerca de la suficiencia de una defensa y la consiguiente necesidad o no de una teodicea. Por último, se ofrece una reflexión en torno a la importancia de una teodicea práctica, en artículos de K. Surin y J. Wetzel.

Si bien, como se ha señalado, la selección realizada no es completa –algo, por otra parte, muy difícil– se pueden encontrar en esta colección algunas de las mejores reflexiones en torno al problema del mal, que serán sin duda de interés para quien desee iniciarse en el tratamiento analítico de la cuestión.

Francisco Conesa

Quine, W. V.: *La búsqueda de la verdad*, trad. castellana de J. Rodríguez Alcázar, Crítica, Barcelona, 1992, 167 págs.

La obra quineana se presenta ante el lector como una continua reflexión acerca de algunos temas que han ocupado a los filósofos de todos los tiempos: cuestiones ontológicas, las fuentes del conocimiento, la verdad, todo ello desde la perspectiva que ofrece la filosofía del lenguaje. Este libro recoge algunas de las conclusiones, soluciones e interrogantes de su extensa obra; supone, por así decirlo, un cierto testamento filosófico.

La edición española de 1992 es una traducción de la 2ª edición revisada por el propio Quine.

*La búsqueda de la verdad* está articulada en cinco capítulos, en los que trata el lugar de la lógica en la ciencia, el problema del lenguaje y su relación con la ontología, el problema de la posibilidad y la necesidad, etc. Para el lector familiarizado con la obra quineana, los argumentos resultarán conocidos. El mismo título arroja una luz de por dónde van a encaminarse las reflexiones: es una búsqueda madura, ponderada y en algunos momentos perpleja de la verdad en filosofía. Pese a la generalidad del título, los interrogantes quineanos son muy concretos. ¿Qué puede conocer el ser humano? ¿cómo es posible ese conocimiento?, o más en particular, ¿cómo es posible el conocimiento científico? Estas cuestiones son los principios rectores que enlazarán cada una de las diferentes partes.

El *leit-motiv* de cada apartado es la epistemología naturalizada. Es una epistemología, pues la pretensión última de Quine es dar razón del conocimiento científico y es naturalizada porque rehabilita el clásico adagio empirista "*Nihil in mente quod non prius in sensu*". Quine prefiere "hablar de receptores nerviosos y de la estimulación de éstos mejor que de los sentidos y objetos sensibles" (p. 41). Toda esta "epistemología naturalizada" está impregnada de conductismo y no en su vertiente psicológica, sino de lo que se conoce como conductismo lingüístico. La flexibilidad de las coordenadas del pensamiento de Quine, hace posible que sea apto para el lector interesado en matemáticas, en lógica o en filosofía de la ciencia.

El libro se articula en cinco capítulos; en el primer capítulo se aborda el problema de la evidencia científica y la observación, frente al que Quine adopta una postura más semejante a la de Popper (es decir, no hay algo tal que pueda ser considerado como "observación pura") que a la de Carnap (defensor de la posibilidad de dichas observaciones) y por extensión a la del Círculo de Viena. Los capítulos siguientes abordan temas ya clásicos en Quine: referencia (II), significado (III), intensión (IV), verdad (V). Como